

Subí las escalinatas y Antúnez estaba ahí mismo en el umbral del museo, esperándome, con las manos en los bolsillos de un saco que siempre parece quedarle demasiado estrecho, y esa sonrisa tierna y distraída que no le abandona cuando está de buen genio.

Hacía frío en Santiago, a pesar que estábamos todavía en septiembre. Subía un viento helado desde el socavón del Mapocho, y arrasaba las alamedas.

En septiembre del 73, Nemesio Antúnez era director del Museo de Bellas Artes de Santiago de Chile. Bello museo, construido con esa arquitectura pesada y retórica de fin de siglo, que lo mismo que la Plaza de Armas o la Casa de la Moneda, obligaban al edificio a que expresara su función mediante una grave monumentalidad. Antúnez estaba muy contento de su gestión en el museo, y de lo que

había podido hacer, Dios sabe cómo, porque no tenía un centavo de presupuesto. El espacio despejado del gran patio interior, con sus balcones (y unas graciosas figuras de cariátides contra las que fotografié a mi hijo Fernando), limpio, blanqueado a cal, se había habilitado para distintos talleres de trabajo. El se preciaba del dinamismo adquirido por el museo, de sus actividades públicas y de la participación de público y artistas, más todavía que del programa de exposiciones. En dos amplias salas, una a nivel del patio y otra a nivel interior, se exponía en ese momento una colectiva, con las obras del propio Antúnez, de la notable Roser Bru, de Irrazábal y de otro cuyo nombre se me escapa ahora. Sentí una verdadera satisfacción de poder elogiar su obra, de la que me había sentido bastante distanciada en el período neoyorquino, cuando An-

Chileno, sus obras se exhiben en los grandes museos del mundo, entre ellos: el Metropolitan Museum y el Museum of Modern Art de New York, el Museo de Bellas Artes de Buenos Aires, Argentina y el de Arte Moderno de Rio de Janeiro, Brasil.

POR  
MARTA TRABA

N  
E  
M  
E  
S  
I  
O



LA SELVA ENCAJONADA

A  
N  
T  
U  
N  
E  
Z

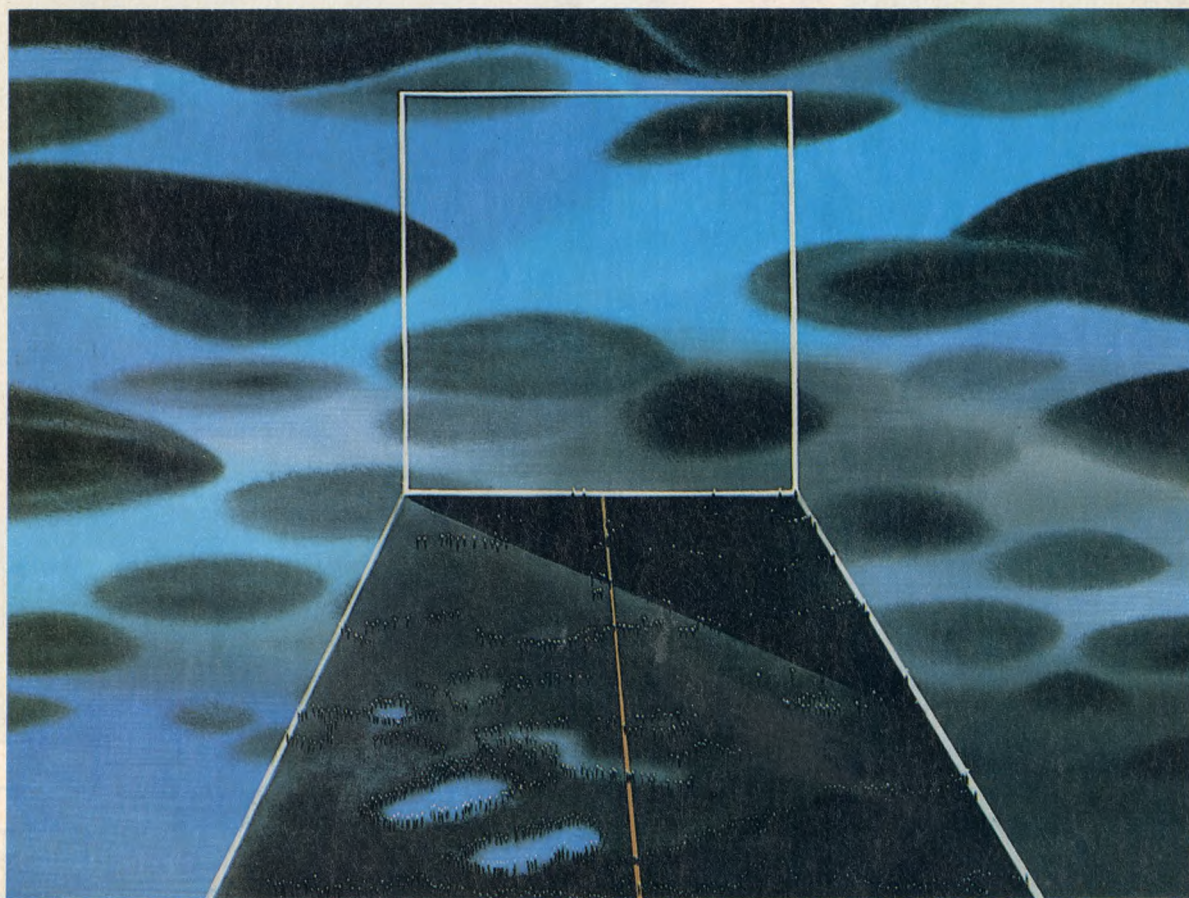


túnez, que desempeñaba un cargo diplomático en Nueva York, se lanzó a varios ensayos de tipo óptico que no acababan de convencerme.

Este nuevo Antúnez del 73 retornaba a sus temas preferidos —los bailes populares y los paisajes— y estrenaba un nuevo tema feliz, representado por una especie de “cama-carro” que recorría —con su colcha brillante a rayas y las dos cabezas de la pareja apenas visibles sobre un almohada hipotética— las carreteras de Chile, dibujadas entre campos vacíos o limitadas por el fluido muro de colores de la cordillera.

La cama viajera me pareció estupenda. Animaba esa fuerza poética demasiado desasida y pura, que dio vida a la época en que Antúnez pintaba cantos rodados en aguas imaginarias y que manejaba también ahora los ritmos curvos de la noche sobre Con-

cepción. (Mi hijo mayor estudiaba entonces en la Universidad de Concepción y quizás por eso me golpeó tanto ese cuadro intenso, brillante y silencioso como los cielos únicos del Sur). Por otra parte, las escenas de bailes populares, reducidos a una trama de movimientos breves y cortados que se tejen en un efecto general, marcaban otra línea tendencial de su pintura, comenzada a finales de la década del 40 con escenas de gente, luego continuada en su serie de Valparaíso, atenta siempre a observar la multitud como fenómeno rítmico. Hay obras extraordinarias entre “los tangos” pintados en el 70. Las figuras danzan como recortes claros y oscuros, pero el ritmo queda atrapado en un ambiente cuadrado, opresor. El mismo ambiente que desde el 64 al 72 se convirtió en escenario para el hombre.



NUBLADO



Hablemos de ese escenario. En rigor, se trataría de dos escenarios simultáneos, que se alternan en su obra durante las décadas de mayor producción, de 1960 a finales de 1970. Uno es el escenario curvo, donde el arte óptico se convierte en una gran metáfora que puede ser montaña, cuerpo de mujer o mantel a cuadros, en el cual se despliega la notable serie de "18 mujeres y un eclipse", de 1965 (Bodley Gallery, N.Y.), pero que, una vez desaparecida la cobertura óptica, sigue presente en el fondo de las "Alturas de Machu Picchu" (1975), o "Entre el mar y la cordillera" (1976). Amplia forma ondulada y sensual, abarcadora, que mantiene su referencia de paisaje.

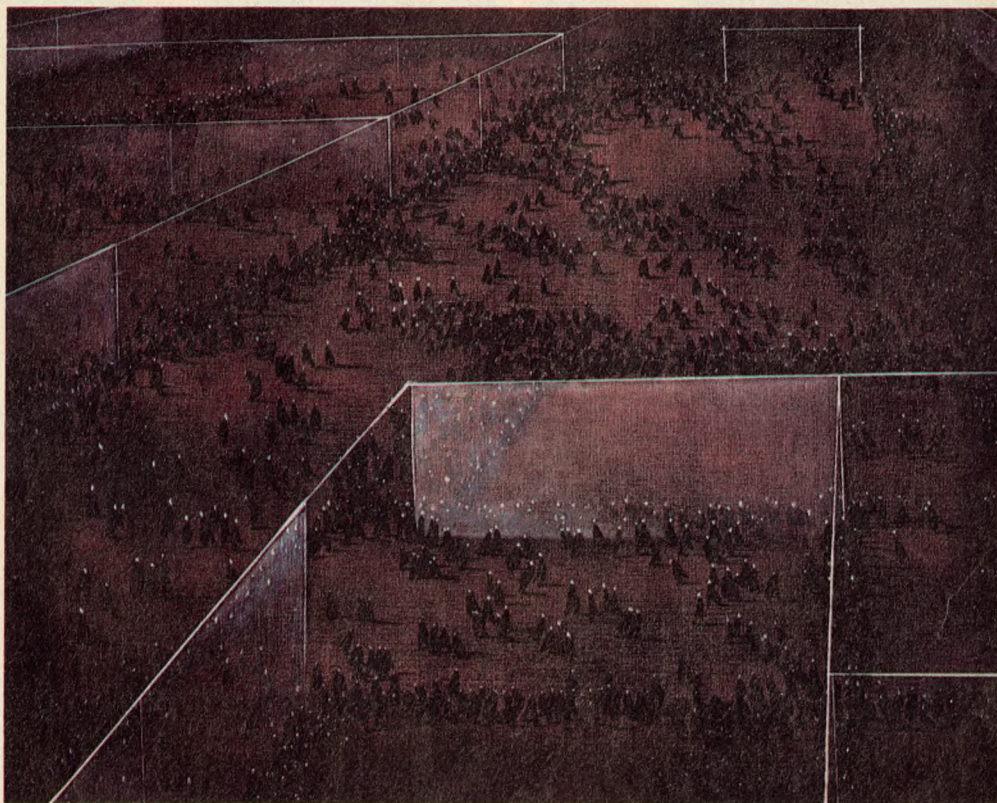
El segundo escenario es más apocalíptico. Del 64 en adelante, se hace y rehace en el tema recurrente de los estadios, pero también se transforma en extrañas y alucinantes plataformas, donde apenas se distinguen, como puntos, los hombres que deambulan por esas ciudades prefiguradas. La marca de Nueva York, la implacable y vertiginosa arquitectura de Manhattan, la soledad de los estadios

repletos, se cuelan por los intersticios de esta nueva poética.

A Antúnez no le molesta trabajar en tres temas y situaciones plásticas distintas al mismo tiempo. Ahí estaban, pues, en aquella exposición memorable, sus tangos, sus camas y los cubículos fantásticos de la ciudad enajenante. Un camino triple, digamos, entre la realidad (los tangos), y el símbolo (la ciudad).

¿Que por qué no seguía por un solo camino? Se extrañó ante esa pregunta. ¿Acaso era necesario? Las tres posibilidades le interesaban igualmente. Había vivido en Nueva York, sabía muy bien lo que era la ciudad, su poder envolvente y tremendo. Pero le gustaba mucho, asimismo, ese abrazo apretado del tango popular. Mientras hablaba lo miré y sentí de nuevo esa leve desconfianza por su adhesión a lo popular: ¡un hombre tan distraído y elegante! . . . Sin embargo, parecía sincero: le gustaba ver la gente y sabía verla). ¿Y las camas? El amor campeaba por esas obras. Antúnez estrenaba segundo matri-

(Continúa en la página 160)



JUEGOS AVE. 8



# CHILE

(Viene de la página 92)

Los lagos chilenos ofrecen un espectáculo que los turistas deben disfrutar.

## VALPARAISO Y VIÑA DEL MAR:

En coche alquilado les recomiendo viajar desde Santiago a Viña del Mar, haciendo una breve parada de un par de horas en la ciudad-puerto de Valparaíso. Esta ciudad es en extremo interesante, y de la manera en que está fabricada, como en "terrazas" de terreno, "colgando" sobre el mar, me recuerda la situación de San Francisco (en California), con sus colinas y diferentes barrios asomados al Pacífico.

Viña es el orgullo de los chilenos y su ambiente es verdaderamente encantador. ¡Bosques, flores, la playa!... Desde el primer momento me gustaron sus coches de caballos o "victorias", con la gente recorriendo la ciudad a paso lento, con un "tempo" muy apropiado para el sitio... También los maravillosos chalets privados, que en diferentes tipos de arquitecturas —desde villas italianas hasta verdaderos "castillos normandos"— colman la zona de elegancia, y el "obligado" Casino, donde noche tras noche, en la alta temporada, es de rigor hacer una elegante "aparición"... Los hoteles de Viña varían y hay desde el tipo "grand hotel" europeo, con su ambiente fascinante de "fin de siècle" hasta los más pequeños y acogedores cerca del mar y a precios más económicos. Otra cosa que me gustó fue el recorrido que hicimos por la costa, al norte de Viña, cuando visitamos las playas que se alinean, especialmente Las Salinas y Concón... ¡Los pequeños cafés y restaurantes al aire libre me encantaron, y el aire cálido del Pacífico era de una serena y a la vez excitante sensualidad!

## PORTILLO:

Aunque usted no esquíe y vaya en verano (de diciembre a marzo), el viaje al "resort" de Portillo (a unos 170 kilómetros de Santiago) es algo imprescindible que debe incluir en su visita chilena. La preciosa situación de la zona, con unas vistas impresionantes de los Andes y la magnífica Laguna del Inca (¡un lago regio!) hacen de este viaje algo "obligado". Más que una excursión de un día, les recomiendo hacer noche en el magnífico "Hotel Portillo" y regresar a la capital al día siguiente, si es que no pueden descansar allí al menos un par de días completos.

Si lo visitan en la temporada de esquí, es importantísimo reservar con antelación, y conocerán uno de los mejores sitios de esquí en el mundo, con excelentes pistas. ¡Tomen el "monorail" o tren aéreo, si quieren que el corazón les dé un vuelco y "emborracharse" de naturaleza maravillosa; disfruten a plenitud la elegancia y el gran "chic", del "Hotel Portillo", considerado entre los más refinados y sibaritas del mundo!

## LOS LAGOS CHILENOS:

Ya en una ocasión les hablamos de un viaje a los lagos chilenos y Bariloche; y creo que si tienen tiempo es una excelente idea conocer esta "cara" de Chile, sin duda, la más bella e impresionante. Para ahorrar tiempo muchos turistas prefieren volar a Bariloche (en Argentina) desde Santiago y hacer allí su "base de operaciones" para conocer tanto los lagos argentinos como chilenos.

# NEMESIO ANTUNEZ

(Viene de la página 35)

monio y una atmósfera de rotunda felicidad —brillo, color vivo, espejismo de la carretera— marcaba un trabajo que siempre aceptó el riesgo sentimental.

Quedamos en volver a vernos. En el 75 recibí de la Galería Aele, de Madrid, el catálogo de su exposición titulada "Estadio Negro". En la última página del catálogo se reproducían unas líneas escritas a mano por Pablo Neruda, en Isla Negra, en junio de 1973. "Debemos entrar todos a los espacios de Antúnez —escribía Neruda— convidados por él a recorrer y respirar el aire puro de su palpación terrenal".

Un año después supe que Antúnez estaba radicado en Barcelona. Lo fui a buscar a Can Cuadras, en un pueblito camino a Sitges. Can Cuadras (la casa Cuadras), parecía, por el lado del ingreso, un escenario para película de Saura. Reconocí, también, aquellos campos fértiles y solos, de otra maravillosa película, "El espíritu de la colmena". Puro paisaje castellano, pobre y fuerte. Antúnez tenía un apartamentito más que modesto en el piso alto de la vieja casa. Subiendo, no podía creer lo que veía. ¡Asombroso! Justo enfrente a la terraza del otro lado de la carretera, se veían unas canchas de tenis iguales a las famosas canchas de su pintura. Figuritas mínimas a la distancia, jugaban al tenis en el silencio tremendo de la tarde campesina. ¿Dónde está el corte entre lo real y lo fantástico? Nos acordamos mucho de Cortázar. El enorme cielo crepuscular, las canchas de tenis iluminadas por reflectores, el campo vacío, todo resultaba magnético. Una niñita de pocos años, la última hija de Antúnez, perseguía a su perro lanudo por debajo de las mesas, mientras su joven esposa boliviana, tejedora de delicados tapices, se atareaba en la cocina.

Siempre nos encontramos en alguna parte del mundo, en este viaje circular de una amistad que ya lleva quince años, desde que comenzó en un simposio celebrado en Puerto Rico. Pienso que Antúnez no ha cambiado nada. Hace unos meses, en un café de Caracas, lo veía llegar con los mismos sacos estrechos, el mismo aire de tipo que se equivocó de país o que perdió el avión, la misma sonrisa distraída que, a ratos, se convierte en una mirada intensa y penetrante que reconoce de golpe el lugar, la situación, la persona. El año pasado presentó sus cuadros en Estudio Actual, en Caracas, y en la Galería San Diego, de Bogotá: paisajes, camas, tangos, ciudades, estadios. El repertorio Antúnez, al cual no se le ha hecho todavía toda la justicia que se merece. Pero no pasará mucho tiempo antes que se reconozca que los "pintores de cámara" (cuando alcanzan el talento, la originalidad y la finura de Nemesio Antúnez), son la verdadera fuerza del arte continental.



Nemesio Antúnez por Marta Traba 27-1-96

OK [Signature]

Subí las escalinatas y Antúnez estaba ahí mismo en el umbral del museo, esperándome, con las manos en los bolsillos de un saco que siempre parece quedarle demasiado estrecho, y esa sonrisa tierna y distraída que no le abandona cuando está de buen genio.

Hacía frío en Santiago, a pesar que estábamos todavía en septiembre. Subía un viento helado desde el socavón del Mapocho, y arrasaba las alamedas.

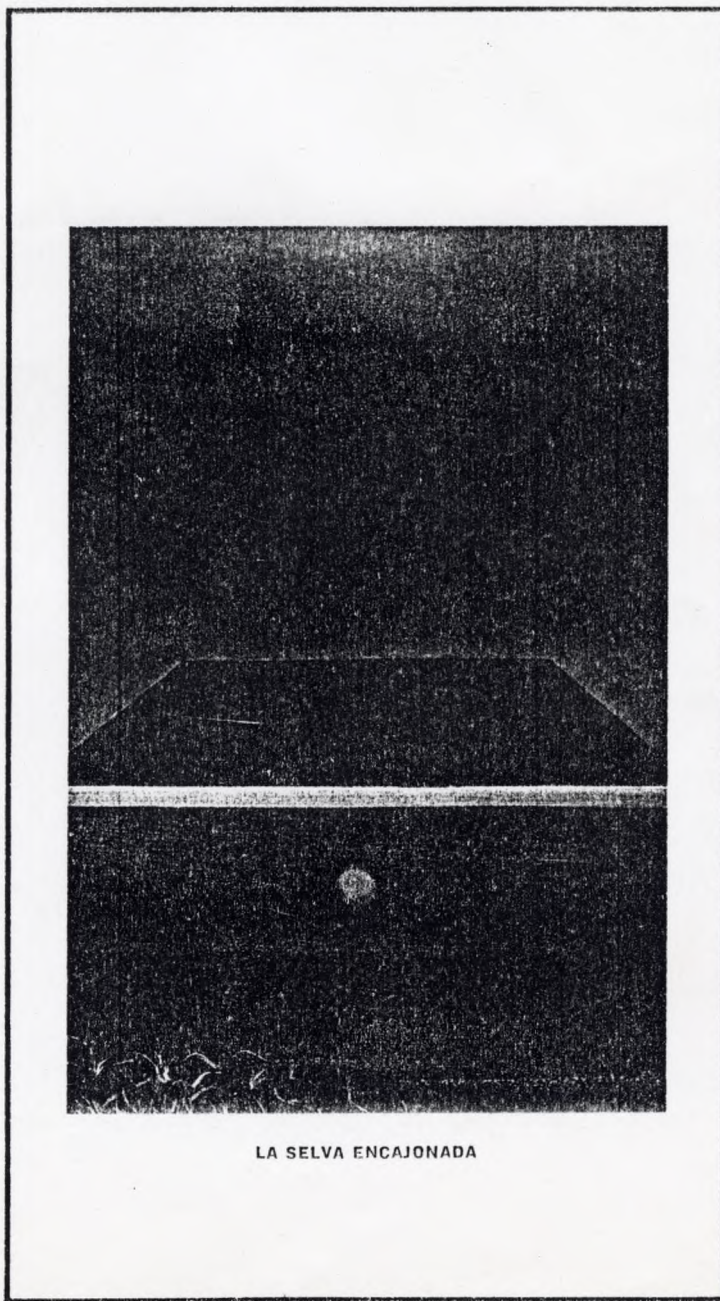
En septiembre del 73, Nemesio Antúnez era director del Museo de Bellas Artes de Santiago de Chile. Bello museo, construido con esa arquitectura pesada y retórica de fin de siglo, que lo mismo que la Plaza de Armas o la Casa de la Moneda, obligaban al edificio a que expresara su función mediante una grave monumentalidad. Antúnez estaba muy contento de su gestión en el museo, y de lo que

había podido hacer, Dios sabe cómo, porque no tenía un centavo de presupuesto. El espacio despejado del gran patio interior, con sus balcones (y unas graciosas figuras de cariátides contra las que fotografié a mi hijo Fernando), limpio, blanqueado a cal, se había habilitado para distintos talleres de trabajo. El se preciaba del dinamismo adquirido por el museo, de sus actividades públicas y de la participación de público y artistas, más todavía que del programa de exposiciones. En dos amplias salas, una a nivel del patio y otra a nivel interior, se exponía en ese momento una colectiva, con las obras del propio Antúnez, de la notable Roser Bru, de Irarrazábal y de otro cuyo nombre se me escapa ahora. Sentí una verdadera satisfacción de poder elogiar su obra, de la que me había sentido bastante distanciada en el período neoyorquino, cuando An-

Chileno, sus obras se exhiben en los grandes museos del mundo, entre ellos: el Metropolitan Museum y el Museum of Modern Art de New York, el Museo de Bellas Artes de Buenos Aires, Argentina y el de Arte Moderno de Rio de Janeiro, Brasil.

POR MARTA TRABA

N  
E  
M  
E  
S  
I  
O



LA SELVA ENCAJONADA

A  
N  
T  
U  
N  
E  
Z

①  
VANIDADES CONTINENTAL  
MAYO-1978

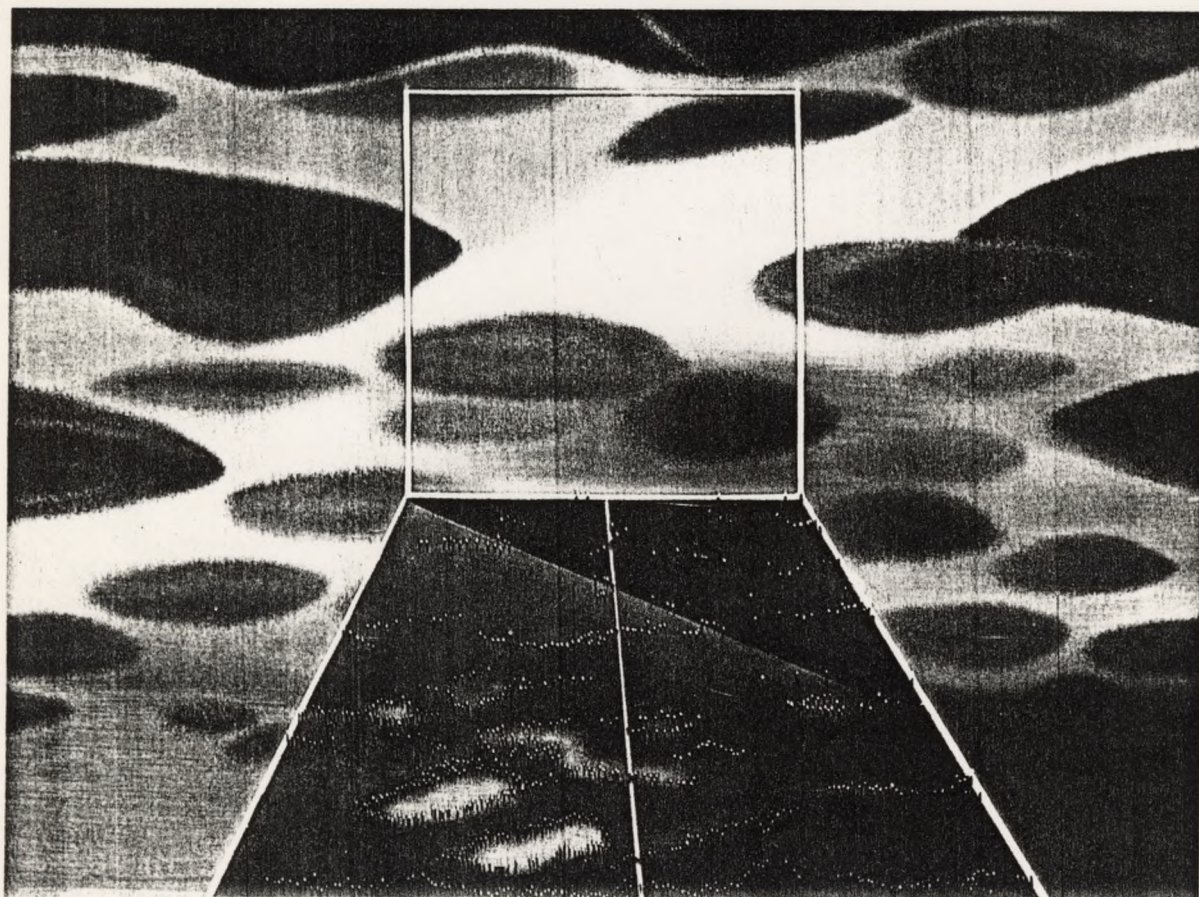


túnez, que desempeñaba un cargo diplomático en Nueva York, se lanzó a varios ensayos de tipo óptico que no acababan de convencerme.

Este nuevo Antúnez del 73 retornaba a sus temas preferidos —los bailes populares y los paisajes— y estrenaba un nuevo tema feliz, representado por una especie de “cama-carro” que recorría —con su colcha brillante a rayas y las dos cabezas de la pareja apenas visibles sobre un almohada hipotética— las carreteras de Chile, dibujadas entre campos vacíos o limitadas por el fluido muro de colores de la cordillera.

La cama viajera me pareció estupenda. Animaba esa fuerza poética demasiado desasida y pura, que dio vida a la época en que Antúnez pintaba cantos rodados en aguas imaginarias y que manejaba también ahora los ritmos curvos de la noche sobre Con-

cepción. (Mi hijo mayor estudiaba entonces en la Universidad de Concepción y quizás por eso me golpeó tanto ese cuadro intenso, brillante y silencioso como los cielos únicos del Sur). Por otra parte, las escenas de bailes populares, reducidos a una trama de movimientos breves y cortados que se tejen en un efecto general, marcaban otra línea tendencial de su pintura, comenzada a finales de la década del 40 con escenas de gente, luego continuada en su serie de Valparaíso, atenta siempre a observar la multitud como fenómeno rítmico. Hay obras extraordinarias entre “los tangos” pintados en el 70. Las figuras danzan como recortes claros y oscuros, pero el ritmo queda atrapado en un ambiente cuadrado, opresor. El mismo ambiente que desde el 64 al 72 se convirtió en escenario para el hombre.



NUBLADO



Hablemos de ese escenario. En rigor, se trataría de dos escenarios simultáneos, que se alternan en su obra durante las décadas de mayor producción, de 1960 a finales de 1970. Uno es el escenario curvo, donde el arte óptico se convierte en una gran metáfora que puede ser montaña, cuerpo de mujer o mantel a cuadros, en el cual se despliega la notable serie de "18 mujeres y un eclipse", de 1965 (Bodley Gallery, N.Y.), pero que, una vez desaparecida la cobertura óptica, sigue presente en el fondo de las "Alturas de Machu Picchu" (1975), o "Entre el mar y la cordillera" (1976). Amplia forma ondulada y sensual, abarcadora, que mantiene su referencia de paisaje.

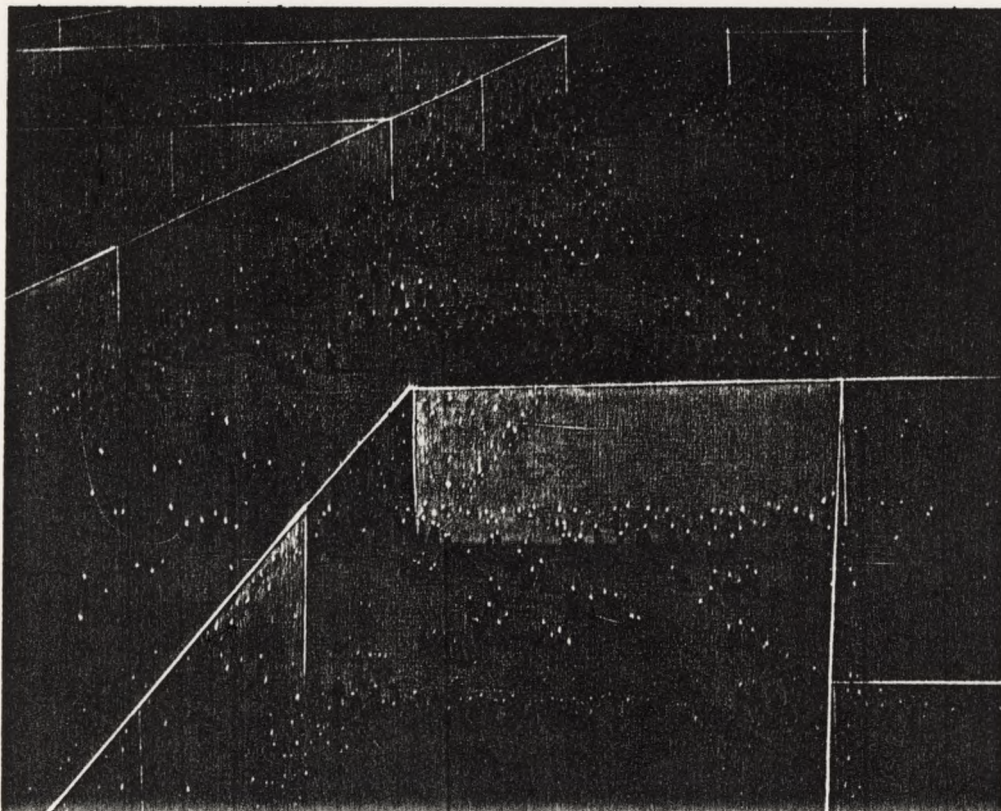
El segundo escenario es más apocalíptico. Del 64 en adelante, se hace y rehace en el tema recurrente de los estadios, pero también se transforma en extrañas y alucinantes plataformas, donde apenas se distinguen, como puntos, los hombres que deambulan por esas ciudades prefiguradas. La marca de Nueva York, la implacable y vertiginosa arquitectura de Manhattan, la soledad de los estadios

repletos, se cuelan por los intersticios de esta nueva poética.

A Antúnez no le molesta trabajar en tres temas y situaciones plásticas distintas al mismo tiempo. Ahí estaban, pues, en aquella exposición memorable, sus tangos, sus camas y los cubículos fantásticos de la ciudad enajenante. Un camino triple, digamos, entre la realidad (los tangos), y el símbolo (la ciudad).

¿Que por qué no seguía por un solo camino? Se extrañó ante esa pregunta. ¿Acaso era necesario? Las tres posibilidades le interesaban igualmente. Había vivido en Nueva York, sabía muy bien lo que era la ciudad, su poder envolvente y tremendo. Pero le gustaba mucho, asimismo, ese abrazo apretado del tango popular. Mientras hablaba lo miré y sentí de nuevo esa leve desconfianza por su adhesión a lo popular: (¡un hombre tan distraído y elegante! . . . Sin embargo, parecía sincero: le gustaba ver la gente y sabía verla). ¿Y las camas? El amor campeaba por esas obras. Antúnez estrenaba segundo matri-

(Continúa en la página 160)



JUEGOS AVE. 8



# CHILE

(Viene de la página 92)

Los lagos chilenos ofrecen un espectáculo que los turistas deben disfrutar.

## VALPARAISO Y VIÑA DEL MAR:

En coche alquilado les recomiendo viajar desde Santiago a Viña del Mar, haciendo una breve parada de un par de horas en la ciudad-puerto de Valparaíso. Esta ciudad es en extremo interesante, y de la manera en que está fabricada, como en "terrazas" de terreno, "colgando" sobre el mar, me recuerda la situación de San Francisco (en California), con sus colinas y diferentes barrios asomados al Pacífico.

Viña es el orgullo de los chilenos y su ambiente es verdaderamente encantador. ¡Bosques, flores, la playa!... Desde el primer momento me gustaron sus coches de caballos o "victorias", con la gente recorriendo la ciudad a paso lento, con un "tempo" muy apropiado para el sitio... También los maravillosos chalets privados, que en diferentes tipos de arquitecturas —desde villas italianas hasta verdaderos "castillos normandos"— colman la zona de elegancia, y el "obligado" Casino, donde noche tras noche, en la alta temporada, es de rigor hacer una elegante "aparición"... Los hoteles de Viña varían y hay desde el tipo "grand hotel" europeo, con su ambiente fascinante de "fin de siècle" hasta los más pequeños y acogedores cerca del mar y a precios más económicos. Otra cosa que me gustó fue el recorrido que hicimos por la costa, al norte de Viña, cuando visitamos las playas que se alinean, especialmente Las Salinas y Concón... ¡Los pequeños cafés y restaurantes al aire libre me encantaron, y el aire cálido del Pacífico era de una serena y a la vez excitante sensualidad!

## PORTILLO:

Aunque usted no esquíe y vaya en verano (de diciembre a marzo), el viaje al "resort" de Portillo (a unos 170 kilómetros de Santiago) es algo imprescindible que debe incluir en su visita chilena. La preciosa situación de la zona, con unas vistas impresionantes de los Andes y la magnífica Laguna del Inca (¡un lago regio!) hacen de este viaje algo "obligado". Más que una excursión de un día, les recomiendo hacer noche en el magnífico "Hotel Portillo" y regresar a la capital al día siguiente, si es que no pueden descansar allí al menos un par de días completos.

Si lo visitan en la temporada de esquí, es importantísimo reservar con antelación, y conocerán uno de los mejores sitios de esquí en el mundo, con excelentes pistas. ¡Tomen el "monorraíl" o tren aéreo, si quieren que el corazón les dé un vuelco y "emborracharse" de naturaleza maravillosa; disfruten a plenitud la elegancia y el gran "chic", del "Hotel Portillo", considerado entre los más refinados y sibaritas del mundo!

## LOS LAGOS CHILENOS:

Ya en una ocasión les hablamos de un viaje a los lagos chilenos y Bariloche; y creo que si tienen tiempo es una excelente idea conocer esta "cara" de Chile, sin duda, la más bella e impresionante. Para ahorrar tiempo muchos turistas prefieren volar a Bariloche (en Argentina) desde Santiago y hacer allí su "base de operaciones" para conocer tanto los lagos argentinos como chilenos.

# NEMESIO ANTÚNEZ

(Viene de la página 35)

monio y una atmósfera de rotunda felicidad —brillo, color vivo, espejismo de la carretera— marcaba un trabajo que siempre aceptó el riesgo sentimental.

Quedamos en volver a vernos. En el 75 recibí de la Galería Aele, de Madrid, el catálogo de su exposición titulada "Estadio Negro". En la última página del catálogo se reproducían unas líneas escritas a mano por Pablo Neruda, en Isla Negra, en junio de 1973. "Debemos entrar todos a los espacios de Antúnez —escribía Neruda— convidados por él a recorrer y respirar el aire puro de su palpitación terrenal".

Un año después supe que Antúnez estaba radicado en Barcelona. Lo fui a buscar a Can Cuadras, en un pueblito camino a Sitges. Can Cuadras (la casa Cuadras), parecía, por el lado del ingreso, un escenario para película de Saura. Reconocí, también, aquellos campos fértiles y solos, de otra maravillosa película, "El espíritu de la colmena". Puro paisaje castellano, pobre y fuerte. Antúnez tenía un apartamentito más que modesto en el piso alto de la vieja casa. Subiendo, no podía creer lo que veía. ¡Asombroso! Justo enfrente a la terraza del otro lado de la carretera, se veían unas canchas de tenis iguales a las famosas canchas de su pintura. Figuritas mínimas a la distancia, jugaban al tenis en el silencio tremendo de la tarde campesina. ¿Dónde está el corte entre lo real y lo fantástico? Nos acordamos mucho de Cortázar. El enorme cielo crepuscular, las canchas de tenis iluminadas por reflectores, el campo vacío, todo resultaba magnético. Una niñita de pocos años, la última hija de Antúnez, perseguía a su perro lanudo por debajo de las mesas, mientras su joven esposa boliviana, tejedora de delicados tapices, se atareaba en la cocina.

Siempre nos encontramos en alguna parte del mundo, en este viaje circular de una amistad que ya lleva quince años, desde que comenzó en un simposio celebrado en Puerto Rico. Pienso que Antúnez no ha cambiado nada. Hace unos meses, en un café de Caracas, lo veía llegar con los mismos sacos estrechos, el mismo aire de tipo que se equivocó de país o que perdió el avión, la misma sonrisa distraída que, a ratos, se convierte en una mirada intensa y penetrante que reconoce de golpe el lugar, la situación, la persona. El año pasado presentó sus cuadros en Estudio Actual, en Caracas, y en la Galería San Diego, de Bogotá: paisajes, camas, tangos, ciudades, estadios. El repertorio Antúnez, al cual no se le ha hecho todavía toda la justicia que se merece. Pero no pasará mucho tiempo antes que se reconozca que los "pintores de cámara" (cuando alcanzan el talento, la originalidad y la finura de Nemesio Antúnez), son la verdadera fuerza del arte continental.